

nología. Tanto la obra colectiva postconciliar de *Mysterium Salutis*, como el mismo BALTHASAR (en su *Teodramática*), tratan estos temas, manteniendo, sin duda, la inclusión mutua entre creación y elevación, entre naturaleza y gracia.

Y en segundo lugar, se podrían mejorar algunos aspectos de la misma edición del libro (unificando los modos de dar las referencias bibliográficas, completando la bibliografía del final del libro, si es posible con todos los autores y obras citados, añadiendo un índice de autores con las páginas en que aparecen, etc.). Reconozco que esto sería un trabajo ingenioso, que quizás ni se le puede pedir a la autora. Y, por último, se podrían corregir algunas erratas, pocas, que se han deslizado involuntariamente en el texto o en las notas (por poner un solo ejemplo: en las páginas 130 a 135, se cita a E. Tourpe como E. Troupe y como E. Toupre).

Josep M. Coll

## Advaita y reinado de Dios

PÉREZ PRIETO, VICTORINO. *La búsqueda de la armonía en la diversidad. El diálogo ecuménico e interreligioso desde el Concilio Vaticano II*. Prólogo: Javier Melloni. Edit.: Verbo Divino, Estella (Navarra) 2014, pp. 207, cm. 22 x 14. 16,00. ISBN 978-84-9945-081-0.

Libro claro, con algo más que un bello título, de un buen expositor y de fácil lectura. Quizá las primeras partes repiten cosas ya conocidas para bastantes lectores. Pero toda la arquitectura del libro apunta a la parte final que me parece la más importante y a la que quisiera sumarme: después de ir paso a paso por el Vaticano II, por el ecumenismo entre cristianos, el ecumenismo hacia fuera o diálogo interreligioso, llega el autor a lo que llama diálogo “intra-religioso” o militancia múltiple, donde habla de TOMAS MERTON, H. LE SAUX, R. PANIKKAR y ANA M<sup>a</sup> SCHLUTTER entre otros. No se trata necesariamente de una militancia sociológica, pero sí personal o (diría yo) de experiencia interior. Y hasta creo sentir menos escrúpulos que el autor por matizar y distinguir entre concordismos o sincretismos y lo que PANIKAR llama “equivalentes homeomórficos”. Es verdad que todo necesita ser matizado, pero BOFF escribió antaño una bella defensa del sincretismo; y el Antiguo Testamento está lleno de “palabra de Dios” aprendida de las religiones de la época con las que, por otro lado, el judaísmo polemizó a lo largo de toda su historia.

Desde esta cercanía con el autor, me voy a atrever no obstante a plantear un punto de confrontación muy decisivo para mí. Aunque el título de esta recensión ya lo insinúa, podríamos reformularlo aludiendo a otra necesaria “doble militancia”: entre teología de la liberación y religiones orientales.

La confrontación ha de ser amistosa porque el autor no niega nada de lo que intento defender: clara y expresamente habla del ecumenismo hacia fuera “sin olvidar a los pobres ni a las mujeres”. Y en la página que cierra el libro (190) vuelve a repetir esa muletilla ampliándola.

¿Dónde está pues la diferencia? Digamos que es una cuestión de dosis. Al tratar del ecumenismo hacia fuera habla de la advaita (no dualidad) hindú como lo que puede producir “una interpenetración, una fecundidad recíproca de todas las culturas y religiones” (114), como “el culmen de todas las religiones y filosofías en cuanto que introduce la ‘experiencia suprema’ de la inseparabilidad entre sí mismo y el Absoluto” (115-16).

Podemos prescindir ahora de precisiones conceptuales como que, en mi opinión, la advaita en plenitud sólo se da en aquello que los cristianos llamamos la unión hipostática; pero sin olvidar que RAHNER define al hombre precisamente como una pretensión de unión hipostática. Esto es suficiente ahora, para no negar esa experiencia de la no-dualidad que creo significa bastante para mí. No la veo tan distante de la manera como san Ignacio re-

comienda encontrar a Dios: en las cosas dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres haciéndolos a Su imagen y semejanza (cf. EE 235).

Pero, siguiendo a aquella maestra Hipatia que, en la película de Amenábar, acaba descubriendo que, para nosotros, la figura perfecta no es la circunferencia (con su único centro) sino la elipse con sus dos focos, pienso que hay que conceder la misma centralidad a la experiencia de la liberación de los sufrientes y los maltratados. Y hasta creo que el cristianismo ha de ser en esto no intolerante pero sí tozudo en su relación con las otras religiones y cosmovisiones de la tierra. En cambio, me parece que el libro da más fuerza a lo uno que a lo otro. La TL está claramente afirmada y ya he notado su empeño en que todo el ecumenismo interreligioso se haga "sin olvidar a los pobres". Pero insisto en que no se trata de "olvidarlos" sino de convertirlos también en "culmen, interpenetración y fuente de fecundidad recíproca", de convertir al sufrimiento en raíz del pensar teológico, en objeto formal de la fe formulada.

La pregunta entonces me parece que es ésta: ¿llega hasta los oídos de la advaita el llanto ensordecedor de los sufrientes de la tierra? Y al revés: ¿puede aportar algo la advaita a la hora de enjugar ese llanto? ¿Puede darse esa serena experiencia de no-dualidad en la mujer que tiene un marido ciego, unos padres con alzheimer, está ella recibiendo quimioterapia y un buen día le anuncian que su hijo pequeño tiene una esclerosis múltiple (dato histórico)? ¿Cómo vivir esa no dualidad en la famosa "ordenación sacerdotal" en un basurero de Asunción de Paraguay, tan denostada por el obispo del lugar como irreverente? ¿Cómo vivirla cuando estás intentando saltar las vallas de Melilla o atendiendo a los heridos en ese intento? ¿Cómo vivirla ante la muchacha rumana engañada y prostituida por unos criminales mafiosos?...

Creo atisbar un poco esa experiencia de no dualidad pero, a la vez, vivo la sensación de que, en esta nuestra realidad concreta, más que no-dualidad lo que hay es una advaita desintegrada, hecha pedazos, reducida a escombros. Y temo que, si la experiencia de la advaita no afronta esta pregunta, corre el mismo peligro que todas las místicas de ojos cerrados. Mientras que si la afecta puede enriquecerse con tres ventajas.

1.- La primera será evitar aquella incoherencia que tan bien desenmascaró A. CAMUS en Paneloux, el jesuita de *La Peste* (novela que ya se sabe, tiene algo de parábola de nuestro mundo): aquel buen clérigo era capaz de espléndidos discursos siempre que los afectados por la peste no le afectaban a él; pero el día en que la epidemia muerde a los suyos, se desmorona y su fe se tambalea. La pregunta de CAMUS (¿tiene un hombre derecho a ser feliz en una ciudad invadida por la peste?) se repite ante todas las místicas de ojos cerrados o sólo entreabiertos: ¿tiene una persona derecho a vivir la advaita en un mundo abrumado por el sufrimiento y el mal trato?. Si el cristianismo, como he dicho, es tozudo en esta insistencia creo que prestará un servicio importante a todas las religiones de la tierra.

2.- La segunda es la plena recuperación de la historia. Porque soportar esta cruz o esta especie de contradicción entre la advaita y la ausencia del reinado de Dios, lleva necesariamente a un proceso de superación de la contradicción y, con eso, nos lleva a la historia. Y, en mi opinión, las religiones de Oriente han de atreverse a encarar y recuperar la historia, no para negar su mística y sus grandes valores, sino para poder hacerlos más reales. Que esto es absolutamente posible lo muestran los monjes budistas birmanos manifestándose públicamente contra la dictadura de su país.

3.- Finalmente, la propuesta que intento hacer valdría para añadir otro paso más en el ecumenismo o en la tarea integradora que VICTORINO se ha propuesto: el ecumenismo hacia los ateos. Quizá no para con aquellos que son ateos porque se han divinizado a sí mismos (aunque éstos puedan ser mayoría), sino hacia esa multitud tan respetable de gentes a las que la experiencia del sufrimiento, el mal trato a tantos seres humanos, y el no querer cerrar los ojos a esta realidad, se les han convertido en "roca firme" que les impide anegarse en el mar de Dios. A todos aquellos que (citando otra vez la novela de CAMUS) aspiran a ser "santos sin Dios", como el doctor Rieux.

He titulado esta nota “advaita y reinado de Dios” porque el anuncio de Jesús es precisamente un anuncio de liberación: si se lanzan demonios en nombre de Dios es señal de que el reinado de Dios está llegado a nosotros. Podía haber titulado también “Advaita y noche oscura”, para recuperar así un rasgo fundamental de la mística cristiana.

Y repito, estas reflexiones son “a propósito” de libro de VICTORINO. No contra él, aunque crea que puede avanzarse más en su propuesta de “no olvidar”: hay que ver el modo de llegar hasta “dar carácter focal”. Como en la elipse.

José Ignacio González-Faus

## La Trinidad y un mundo entrelazado

POLKINGHORNE, JOHN (ed.). *La Trinidad y un mundo entrelazado. Relacionalidad en las ciencias físicas y la teología*. Edit.: Verbo Divino, Estella 2013, pp. 287. ISBN: 978-84-9945-966-0.

Esta obra que presentamos es el octavo libro que edita la Colección Teología y Ciencias dirigida por MANUEL G. DONCEL; como las obras anteriores, se trata de una traducción seria y rigurosa (en ocasiones con comentarios aclaratorios a pié de página del propio editor). Como es habitual, presenta una bibliografía detallada y castellanizada, y un completo índice analítico de materias. El sentido de incluir esta obra colectiva dentro de la Colección se encuadra dentro de la preocupación *general* del diálogo entre las cosmovisiones científicas y teológicas, pero sobre todo dentro de la problemática *específica* que constituye el interés fundamental de MANUEL G. DONCEL y una gran parte de los teólogos incluidos en este diálogo: me refiero a la reformulación de la ontología y de la metafísica clásica, especialmente la aristotélico-tomista —excesivamente estática—, por una nueva ontología que pueda fundamentar una “creación evolutiva”, en la que se produce enriquecimiento de ser y en los que el *devenir*, el *llegar a ser* y el *dinamismo*, son las notas características de la realidad física tal como la refleja la ciencia moderna. Por ello, más que una ontología de la sustancia se hace necesario construir una ontología de las relaciones. De ahí que este libro pueda darnos pistas (a pesar de ser sólo eso, indicaciones) para avanzar en esa empresa teórica.

En este caso, como en el volumen cuarto, el libro es la recopilación de un conjunto de ponencias de varios autores que, sin embargo, en esta ocasión presentan una desigual calidad y relevancia. Brevemente podríamos decir que la tesis general que motivó a POLKINGHORNE a este libro es si existe una relación entre la relacionalidad propiamente teológica que caracteriza a la Trinidad y la relacionalidad que la ciencia del último siglo ha puesto de manifiesto para la realidad física; o dicho de forma más teológica: *si puede decirse que la relacionalidad de la realidad física es un vestigio del Dios trinitario que la creó y da consistencia ontológica*.

Las diferentes contribuciones de este libro tratan de reflexionar sobre esta cuestión desde diversos ángulos, perspectivas y opiniones, lo que produce un caleidoscopio de aportaciones de muy diverso rigor intelectual, que dejan al lector una vaga sensación de insatisfacción con algunos de los capítulos. Podríamos agrupar en tres grandes secciones los trece capítulos que componen el libro.

(1) La primera sección podríamos decir que es la más estrictamente científica y recoge los capítulos del 1 al 4: *El ocaso de Demócrito* de POLKINGHORNE, *El mundo entrelazado: ¿cómo puede ser eso?* de JEFFREY BUB, *La física cuántica: ¿ontología o epistemología?* de ANTON ZEILINGERY *¿Un universo autosuficiente?* de MICHAEL HELLER. A excepción de BUB, todos los autores, tras desarrollar su parte estrictamente física, terminan por hacer reflexiones filosóficas: POLKINGHORNE incluye un apartado final sobre reflexiones teológicas donde